



Y sigue el drama del tiempo

Por Mario Parajón

Para hablar del estreno en La Habana de *El Tiempo y los Conway* en el Patronato del Teatro y el 13 de mayo de 1953, me remonté al de *Esquina Peligrosa* dos años antes en el grupo *Prometeo*. Era necesario. Lo primero que me interesó de Priestley fue que se inquietara por el tema del tiempo dedicándole nada menos que tres piezas, las tres buenas y muy importante la tercera. La primera la monté en la escuela Valdés-Rodríguez; y la segunda y la tercera en el Auditorium.

Me referí el miércoles pasado a la personalidad de algunos de los intérpretes, especialmente a la de Santiesteban. Me faltaba por decir algo de San Antón y de Alberto Machado. Del primero nadie habla. Ha desaparecido del recuerdo de todos y si no ando muy equivocado tampoco Morín le dedica mucho espacio en sus *Memorias*. Es muy natural. San Antón fue muy conocido en la segunda mitad de los años cuarenta, luego se opacó y ya a fines de los cincuenta seguía trabajando en la CMQ y hacía muy poco teatro si es que hacía alguno. Tengo entendido que murió en Costa Rica o en Puerto Rico y no sé qué ha sido de Marta Dissy, su compañera de aquellos años, ni de la niña que le nació alrededor del 57 o del 58 y que seguramente vive.

Era más bien bajo de estatura, gallego de origen, estudiante en sus años juveniles nada menos que de la universidad de Santiago de Compostela, cuyo ambiente recordaba con alegría. Ignoro cómo le dio por el teatro, vocación que según creo no se le despertó siendo muy joven. Tenía buena memoria, sentido crítico muy agudo, conversación amena, entusiasmo ante las mujeres, gran apasionamiento y algún caudal de lectura. No se me olvida cómo un día me habló de Goethe y de su teoría de los colores, así como de Shopenhauer y su filosofía. Era de natural pesimista, me parece que educado por una madre traumatizante a la que adoraba y con la que nunca llegó a sostener una relación feliz. También tengo grabada en la memoria una ocasión en que me contó cómo la madre se dejaba llevar por los que hacían crítica de los actores en la televisión y muchas veces le ponían reparos a él en su trabajo. La madre respetaba el criterio de aquellos señores sin comprender que su hijo necesitaba el apoyo moral de ella.

Pepe de San Antón hizo una gran actuación en *La Señorita de Trevelez* de Arniches bajo la dirección de Isabel Fernández de Amado Blanco y de Cuqui Ponce de León. Isabel era una magnífica directora y su primer actor se lució aquella noche. Me lo representó en el tercer acto, situado en primer término del escenario, con el casco del esgrimista en la mano, llorando la infelicidad de la víctima de una burla cruel. Uno de los parlamentos, quizás el más dramático de todos, lo dijo tan sinceramente, con la voz rota, sin énfasis, bajando el tono al final y sin que perdiéramos ni una palabra. Se ganó el premio *Talía*.

Y he dejado para el final a Alberto Machado, que en la vida real se llamaba Cándido y dirigía el departamento de regalos en *El Encanto*. Disfrutaba profundamente su trabajo. Era amigo de mil señoras de la burguesía habanera que le encargaban regalos para cumplir con tal o cual compromiso. Lo que a Machado le gustaba era que esa clientela confiara en él. No le especificaban un regalo determinado. Al contrario: lo dejaban a su elección. Y Machado lo escogía luego de madura reflexión, teniendo en cuenta la personalidad de la señora que le encomendaba la delicadísima tarea, la cantidad que ella quería gastar y quién era la favorecida por el obsequio. Acercarse a la mesa de Machado en *El Encanto* era escuchar desde varios metros atrás y por encima del bullicio permanente de la tienda, la voz de aquel actor moreno, amabilísimo, siempre riéndose y de invariable trata rebosante de cordialidad.

Amante del arte desde siempre, ingresó en un cuadro de comedias aficionado que reunía a los empleados de *El Encanto*. Trabajó en varias de ellas con éxito hasta que un director profesional asistió un día a un estreno, lo vio, le pareció que estaba maduro para actuar en grupos más exigentes; y Machado sorprendió más de una vez por lo bien que lo hizo. Destacó la circunstancia del estreno de *El Chino*, el drama de Carlos Felipe premiado por el ADAD y dirigido por Modesto Centeno. Machado interpretó el papel del decorador que le monta a Palma el escenario que ella quiere evocar a fin de revivir sus recuerdos. Machado se movía por el escenario que ella quiere evocar a fin de revivir sus recuerdos. Machado se movía por el escenario con presteza, hablaba con gracia y

llevaba al cuello algo así como una bufanda roja que caracterizaba muy bien al escenógrafo nervioso y divertido que hacía reír con sus salidas de tono.

Esquina Peligrosa trata de la corrupción de una familia londinense. El tiempo se estanca mientras ellos se reúnen en un salón, charlan de manera inofensiva, beben, se tratan con perfecta cortesía; y de pronto, con lentitud, empieza a insinuarse en el ambiente algo extraño que va creciendo y se convierte de pronto en un infierno donde la verdad de cada uno emerge a la superficie y se pone en evidencia su podredumbre. Lo que les ha ocurrido es que han cruzado la "esquina" que no se puede cruzar sin que ese estancamiento del tiempo arrastre a los implicados en su secuencia a una situación catastrófica. Priestley declaró al final de su vida que le había dejado de gustar esta obra. Prefería la segunda y la tercera, o sea: *Estuve aquí una vez* y *El Tiempo y los Conway*.

Como escribo sólo de memoria y con cantidad de mis papeles volando por los aires de Dios, se me ha olvidado mencionar a un actor de la *Esquina*, un muchacho que desapareció del teatro más tarde y que bien pudiera estar en Miami trabajando sin que yo lo supiera. Me refiero a Orlando Montes de Oca, muy serio y con porvenir entonces.

Estuve aquí una vez subió a la escena del Patronato, recibió los elogios de la crítica, el público aplaudió fríamente, los intérpretes actuaron muy bien y me parece que sin mucho entusiasmo; y en conjunto ha sido la obra que me ha hecho experimentar la emoción --si es que eso es emoción-- de la absoluta tibieza. Nadie la atacó, nadie la comentó, a nadie le pareció mal y nadie la discutió. Todavía me parece oír los aplausos como las lloviznas tenues de los principios de marzo, cuando el hilo de agua no se atreve a golpear los cristales y se limita a caer suavemente sobre ellos. Me gustó mucho darle a Rosa Felipe un papel para el cual otro director quizás no la hubiera llamado, dada la tendencia al encasillamiento tan frecuente entonces y tal vez también ahora. Rosa estuvo impecable. Para mi era la actriz de la dignidad, quiero decir la que mejor sabía proyectar este sentimiento.

Apartado 17
28370 Chinchón Madrid